La democracia en China: ¿Libro blanco o Libro en blanco?

Por Xulio Ríos (igadi.org, 24/12/2005)

A propósito de la evolución del régimen político vigente en la República Popular China (RPCh), generalmente, se arbitran tres grandes posibilidades. La primera, contempla una evolución a la taiwanesa, es decir, confía en que la consolidación del proceso de crecimiento económico del país conlleve, más tarde o más temprano, una reforma política profunda que incluiría el abandono del actual sistema para adoptar el pluralismo y las reglas de juego propias de las democracias occidentales. En el ámbito económico, la experiencia de Taiwán ha estado siempre muy presente en la visión de la reforma de las autoridades continentales, quienes comparten la idea (recuérdese la teoría de las tres bolsas: estómago, bolsillo y cerebro) de que solo a partir de la adquisición de un determinado nivel de riqueza y bienestar (un nivel de vida modestamente acomodado, según la terminología oficial) podría pensarse en iniciar la "quinta modernización". El proceso seguido en Taiwán, favorecido ahora por el entendimiento entre el Partido Comunista de China (PCCh) y el Kuomintang (KMT), después del histórico encuentro entre Hu Jintao y Lien Chan el pasado 29 de abril, bien pudiera inspirar y facilitar esta hipótesis.

La segunda hipótesis, vendría a significar la actualización histórica del sistema confuciano, optando por el establecimiento de una autocracia singular. De esta forma, la actual burocracia, vertebrada y animada por el PCCh, se conformaría como un nuevo mandarinato que resaltaría las bondades de la propia civilización y de los valores asiáticos en su conjunto, simplemente asumiendo, tamizando y adaptando algunas aportaciones occidentales. Esa transformación ahondaría en el discurso nacionalista y en las claves culturales de la armonía, el equilibrio, etc, evitando una homologación sistémica que obligaría a contemplar de facto la admisión de un pluralismo efectivo o la posibilidad de la alternancia en el poder. Del maoísmo al neoconfucianismo a través del interclasismo, el PCCh plasmaría finalmente la verdadera identidad del proyecto revolucionario: el nacionalismo.

La tercera hipótesis, es el socialismo con peculiaridades chinas, es decir, que siguiendo algunas tesis oficiales, después de dar un rodeo por el capitalismo, el PCCh, asegurando en todo el proceso la plena invariabilidad de los cuatro principios irrenunciables (perseverancia en la vía socialista, vigencia de la dictadura del proletariado, mantenimiento de la dirección del proceso por el PCCh y vigencia del marxismo-leninismo y del pensamiento Mao Zedong), consiguiera plasmar un modelo alternativo que no renunciaría a las esencias del pensamiento socialista, consolidando, en torno a un sistema de economía mixta con fuerte presencia de la propiedad estatal y pública, un régimen político ideológicamente beligerante con el modelo de democracia occidental.

El Libro Blanco sobre la democracia en China

Con estas variables hipotéticas de fondo, el pasado 19 de octubre se dio a conocer la publicación del libro "Construcción de la Democracia Política de

China", un texto de diez capítulos, un prefacio y una conclusión final, que a lo largo de sus más de setenta páginas insiste particularmente en la defensa del régimen vigente como el más adecuado para la China del presente. No se trata pues de explicitar un programa de reforma, sino de explicar la opción sistémica de los actuales gobernantes, dirigiéndose a aquellos que en el exterior formulan e inspiran medidas de presión para condicionar su evolución futura. En realidad, se trata de un libro blanco sobre el régimen político y su funcionamiento con el que se trata de resaltar las ventajas del mismo.

El prefacio y los dos primeros capítulos insisten en la argumentación que justifica el régimen existente en la RPCh e incluso la propia vigencia del PCCh, en función de la propia evolución histórica. Sin el PCCh, el pueblo chino no podría abandonar el feudalismo ni superar los grandes cataclismos de los siglos XIX y XX. Ha sido el PCCh quien ha propiciado el reencuentro de la sociedad china con sus mejores tradiciones y quien ha permitido que esa misma sociedad se adueñara del Estado para transformarlo en un instrumento en su propio beneficio. El PCCh, se insiste, es la fuerza de vanguardia que ha conquistado el poder para ejercerlo en nombre del pueblo. La visión y el análisis que se plasma en estos dos capítulos asientan en la concepción tradicional del marxismo, argumento principal para la insistencia en la defensa del monopolio del poder político.

Los capítulos III, IV, V y VI, explican las principales señas de identidad del régimen a través de la valorización de los cuatro aspectos institucionales que considera más relevantes y "democráticos". En primer lugar, la Asamblea Popular Nacional (APN), donde reside el poder legislativo y la soberanía popular, una entidad unicameral, representativa, establecida a nivel central y a los demás niveles territoriales del país, alcanzando su representatividad y legitimidad a todos los rincones de la vasta superficie territorial del país. En segundo lugar, el sistema de consultas y participación de los demás pequeños partidos, un total de ocho, que bajo la dirección del PCCh, definen las políticas esenciales en la llamada Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino. La existencia de esta estructura determina que el régimen no contempla en absoluto la posibilidad de la alternancia sino únicamente la co-participación en el ejercicio del poder, en aquellas materias y ámbitos que el PCCh considera especialmente. En tercer lugar, el sistema de autonomías territoriales que permiten a las nacionalidades minoritarias del país ejercer su autogobierno y que constituyen la expresión más cabal de la capacidad del PCCh para asegurar la siempre difícil convivencia multiétnica en un país tan poblado. Por último, los comités de aldea, ejemplo de la vitalidad de la democracia de base, ámbito que el PCCh privilegia para potenciar el arraigo de las prácticas democráticas, fomentando la educación cívica y la proximidad entre representantes y representados. Solo a nivel de base, entiende el PCCh, se puede practicar la democracia directa. En un país tan poblado como China, con unos niveles de educación aún tan bajos, para los órganos de niveles medios y superiores es indispensable la democracia indirecta.

Los cuatro capítulos finales tratan de argumentar que el comportamiento del PCCh y del gobierno es plenamente democrático. El PCCh está orientado al ejercicio democrático del poder político. El gobierno y el sistema judicial se esfuerzan por actuar conforme a pautas claramente democráticas. Los

derechos humanos son cada vez más respetados, sobre todo en el campo económico… La conclusión inevitable es que nada mejor que lo existente puede adaptarse a las condiciones específicas de la RPCh y a las exigencias contemporáneas del proceso de reforma y modernización. El régimen construido por el PCCh es la base de la estabilidad política y sin el no podría garantizarse ni la soberanía nacional ni la prosperidad económica.

En resumidas cuentas, el Libro, que habla muy poco de los problemas, incide, quizás en demasía, en las supuestas ventajas del régimen vigente, que son defendidas en función de las circunstancias tanto históricas como presentes del país. En suma, en China, y deben comprenderlo así en el exterior, se necesita un poder político fuerte con un empeño y una misión clara a favor de la unidad del país y orientado a la movilización de una población muy elevada para evitar el riesgo de desintegración. Es verdad que el sistema no es perfecto, reconoce, pero también lo es que la evolución no puede hacerse en un solo día, que todo se irá transformando de forma gradual, paso a paso, y que esa evolución, y esto es importante, deberá servir para reforzar las bases de poder del PCCh.

La reflexión que incluye el Libro está muy inspirada en los cuatro principios irrenunciables formulados por Deng Xiaoping, aunque no son citados expresamente ni recordados en modo alguno. De hecho, la apuesta por la vía socialista, sea o no meramente formal, y la insistencia en el monopolio del poder, constituyen los ejes menos discutibles del futuro político de la RPCh, a tenor de lo recogido en este texto, y eso explica, en parte, la gran vaciedad y la ausencia de novedades en términos programáticos. Así pues, sin renunciar a una tímida vocación de cambio, sus perfiles infranqueables están más claros que las medidas concretas a implementar y, sobre todo, el texto plantea una exigencia de reconocimiento exterior, no de la perfección del sistema, sino de su adecuación a las singularidades chinas. Queda una puerta entreabierta para prudentes y lentas reformas, pero que solo serán bien recibidas y auspiciadas si permiten reforzar y mejorar la imagen y el liderazgo del PCCh. Esa es, hoy por hoy, la esencia de la reforma política que puede inspirar el liderazgo chino.

Para el profesor Fang Ning, subdirector del Instituto de Ciencia Política de la Academia de Ciencias Sociales de China, tres son los puntos destacables de este Libro Blanco. Primero, la equiparación entre construcción democrática y estado de derecho. En menos de tres años, resalta, la APN y el Consejo de Estado han elaborado y promulgado numerosas leyes y reglamentos orientados a promover y fortalecer la construcción de la democracia política, que debe basarse en el respeto a la ley, un proceso que en China carece aún de arraigo social suficiente. Fang Ning, habla de avance y desarrollos rápidos en esta materia, de nuevos conceptos, de nuevas medidas que tratan de expandir desde el centro a las múltiples localidades del país una nueva relación entre el poder y los ciudadanos, establecida en torno a la idea de legalidad. Esa tendencia, que exige un gran esfuerzo de síntesis y de ordenamiento, supone un cambio cultural profundo en la mentalidad china y es la base indispensable para construir un Estado de derecho.

En segundo lugar, Fang Ning considera que el Libro Blanco contribuye a despejar dudas, dentro y fuera del país, acerca del “malentendido” que supone pensar que mientras la reforma económica avanza de forma ininterrumpida y sostenida, el desarrollo político está rezagado. Para este profesor chino, la

clave de ese malentendido radica en la incomprensión respecto al concepto chino de democracia. Según Fang Ning, la democracia ha echado raíces en China, pero no se puede medir con criterios occidentales. Es más, asegura, no sería posible mantener un ritmo de crecimiento económico tan elevado en los últimos veinticinco años sin la garantía de existencia de una democracia política y un desarrollo social estable. Para entender adecuadamente la idea china de la democracia, señala tres puntos que deberíamos tener en cuenta: reconocer la legitimidad de la dirección por parte de un PCCh que garantiza además el pleno respeto a la soberanía popular; sugiere que la construcción de la democracia política en China debe ser el resultado de la síntesis de la experiencia propia y la internacional; y, por último, la exigencia de tener en cuenta la realidad del país para diferenciar lo que la democracia china debe tener de particular y de común con el resto de sociedades democráticas. Dice Fang Ning que la esencia de la democracia no radica en sus formas externas sino en su capacidad para expresar los anhelos de una sociedad concreta. Por eso, solo la democracia que es capaz de impulsar el desarrollo y el progreso del país es aquella que se corresponde cabalmente a la realidad de China.

Bases para una evolución del régimen político

En lo económico, es indiscutible que China está cada vez más integrada en la economía mundial. Según señalaba en el pasado noviembre la señora Zhang Lichuan, directora de la división de estadística de la Administración general de Aduanas, el volumen de los intercambios exteriores que en 1995 ascendía al 40,2% del PIB, alcanza ahora el 70%. Según sus datos, la economía china contribuye en un 10% al crecimiento global (aunque su PIB solo representaría el 4% mundial), un 6,5% a las exportaciones y un 12% los intercambios mundiales. Según la señora Zhang, las importaciones chinas habrían permitido crear diez millones de empleos en el exterior. Y aunque los datos pueden ser objeto de discusión, no parece admisible dejar de reconocer, en efecto, la integración y el papel creciente de China en la economía mundial. Por ello, también China es más vulnerable a la evolución exterior y, a la inversa, la evolución china puede hoy tener fuertes repercusiones en el mundo.

Pero la economía china no solo crece internamente y evoluciona en su relación con el mundo. También avanza en su diversificación interna. A finales de septiembre de este año, se contabilizaban más de cuatro millones de empresas privadas, representando ya más de la mitad del número total de empresas del país. Esa pluralidad de formas de propiedad es la base de un cambio significativo en la estructura social: los nuevos ricos y los propietarios han arrinconado progresivamente a aquellos asalariados, que en un tiempo no tan lejano simbolizaban el principal estandarte del régimen. Ningún dirigente sindical forma parte hoy del Comité Permanente del Buró Político. ¿Tienen esos nuevos sectores sociales los mismos intereses que los asalariados? Solo el proyecto nacionalista les une. Sus intereses de clase son diferentes. El PCCh ha asumido la "teoría de las tres representaciones" para justificar la armonización de los intereses en el interior de sus estructuras y evitar que cada cual pueda sentir la tentación de organizarse de forma alternativa. ¿Puede tener éxito este esfuerzo? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cabe esperar un desplazamiento de la iniciativa política a manos de estos nuevos colectivos convirtiéndoles en el

principal referente de la evolución del sistema político chino?

La economía influye y mucho, pero la clave de la evolución del régimen reside en el PCCh. Es bien sabido que la soberanía formal reside en la APN, que se reúne durante dos semanas en marzo de cada año, dejando en manos de un Comité Permanente, integrado por alrededor de 300 miembros, las tareas legislativas básicas y habituales durante el resto del ejercicio. Podría ser discutible esa "reducción" del poder legislativo, que a duras penas puede conciliarse con la excepcional dimensión de un país de más de 1.300 millones de personas. Pero, en realidad, poco importa esa cuestión, ya que la distorsión de fondo es mucho más trascendental que la mera cuestión numérica: el poder real pertenece a la dirección del PCCh, que no es libremente elegida por el conjunto de los ciudadanos. Es el PCCh quien previamente decide los asuntos fundamentales que solo después legitiman los órganos del Estado, a través de un simulacro democrático que funciona sin fisuras.

Todo el poder está en manos de los 25 miembros del Buró Político (de los cuales 9 pertenecen al Comité Permanente), y de un grupo de no más de doscientos dirigentes que gestionan los asuntos principales del país. Este reducido y opaco colectivo comparte una idea clara: el actual régimen es indispensable para mantener la estabilidad en el país, el único capaz de encauzar los riesgos sociales y los desafíos existentes a todos los niveles en este tiempo aún de transición y necesario para garantizar un desarrollo permanente, impidiendo que las actuales contradicciones del modelo cristalicen en caos y crisis ingobernables.

Pero, ¿está unificada la dirección china en esta materia? Entre junio y julio últimos se habló de la existencia de tensiones políticas entre reformadores y conservadores, pero los contornos de la polémica se referían, sobre todo, a la intensidad y velocidad del proceso de consolidación del nuevo poder representado por Hu Jintao y Wen Jiabao, las dos figuras que cuentan con mejor imagen pública, tanto en el interior como en el extranjero.

Solo cuando Jiang Zemin, en septiembre de 2004, presentó su dimisión de la Comisión Militar Central, pudo afirmarse que Hu Jintao, elegido en noviembre de 2002 secretario general del PCCh, pasó a ser el numero uno indiscutible del sistema político chino. Igualmente revelador es que Zeng Qinghong, hombre de confianza de Jiang, no pasara a formar parte de dicha Comisión, con lo que su peso político, en términos de rivalidad, se ha reducido. Primeramente, Hu había decidido asumir personalmente la presidencia de los "Grupos Centrales Dirigentes" más importantes (Economía y Finanzas, Asuntos exteriores y Taiwán), desplazando a Zeng Qinghong. La precipitación de los acontecimientos en el orden castrense se logró forzando la convocatoria de expertos militares a sesiones de estudio del Buró Político, pidiéndoles que regularmente le informasen sobre las más variadas cuestiones. El mensaje implícito a Jiang Zemin que incorporaban esas iniciativas, le llevaron a la dimisión, aceptando, aunque no de muy buena gana, los ritmos marcados por Hu Jintao.

La principal base de apoyo de Hu se encuentra en la Liga de las Juventudes Comunistas (LJC). Desde finales de 2002, varias decenas de cuadros de la LJC fueron promovidos en las provincias o en el centro a puestos de interés para

Hu, como la lucha anticorrupción, las direcciones de personal, o los órganos disciplinarios del partido. En paralelo, Hu se ha preocupado de forjar una imagen propia, bien diferente a la de su predecesor, lanzando proclamas invocadoras del desarrollo de las tradiciones revolucionarias del partido y de servicio al pueblo, expresando su sensibilidad en temas como el desempleo, la mejora de las rentas campesinas o la seguridad en las fábricas y las minas; y también realizando viajes simbólicos a lugares que constituyen referencias históricas de Mao, en lo que podría interpretarse como una invitación al rearme ideológico, pero también un intento de desacreditar los intentos exteriores de asociarle como occidentalizante e incluso de expresión de simpatía con las reivindicaciones de la igualdad que emergen en numerosos sectores de la sociedad china, especialmente en el campo, y que fueron símbolo de la controvertida gestión maoísta.

¿Será este el líder carismático que se espera en Occidente, capaz de innovar con autoridad en el orden ideológico y político la transición de la RPCh? Temeroso de que una democratización a la occidental ponga en peligro el liderazgo del PCCh, Hu Jintao viene proclamando la necesidad de orientar los esfuerzos de la sociedad china a la creación de un entorno armonioso, un objetivo muy confuciano y bien alejado de las tradicionales consignas de naturaleza maoísta. Esta ha sido la prioridad definida en la 5ª sesión plenaria del XVI Comité Central del PCCh, reunido en Beijing del 8 al 10 de octubre de 2005.

Algunos analistas han señalado que el nuevo plan quinquenal (2006-2010) aprobado en dicha sesión, aportará cambios revolucionarios al modelo de desarrollo en curso, acentuando la necesidad de más reformas, pero para lograr más equidad. En 2005 aún viven 150 millones de chinos con menos de un dólar al día. La ampliación de las diferencias de renta suscita mucha inquietud en China y el concepto de "desarrollo científico" impulsado por Hu Jintao pone el acento en la dinamización de los servicios sociales y el establecimiento de una sociedad armoniosa. Ambos elementos son los pilares para reducir la división ricos-pobres y campo-ciudad. El concepto de "desarrollo científico" es la guía teórica para la construcción de la sociedad armoniosa, según Yan Shuhan, profesor en la Escuela Central del PCCh, pues va a permitir un desarrollo sostenido, sano, rápido y coordinado.

La envergadura de la propuesta ha llevado al profesor Ye Duchu, también de la Escuela Central del Partido, a hablar de un "nuevo comienzo". En los 27 años de reforma, el principio guía ha sido la idea de Deng Xiaoping acerca de "dejar a una parte de la sociedad enriquecerse primero"; ahora se trata de invertir la tendencia social, de forma que la prosperidad común debe ser el eje básico del nuevo tiempo, en el que se debe evitar la polarización social, el aumento del desempleo, las diferencias entre zonas rurales y urbanas y entre territorios, y el agravamiento de las contradicciones sociales. De no actuar así, las tensiones sociales aumentarán y el desarrollo se ralentizará. El acento, pues, se pondrá en los problemas sociales. Hu habla de prestar atención a las "cinco coordinaciones": entre el desarrollo de las ciudades y del campo, entre las regiones, entre los progresos económicos y sociales, entre el crecimiento y la protección del medio ambiente, entre la emergencia interior y la apertura al mundo exterior.

¿Cabe esperar novedades en lo político? A priori, no está en la agenda. Además de mantener la supremacía del PCCh, garantizar la unidad de la dirección es una convicción política muy arraigada en los actuales dirigentes, que no olvidan el elevado precio pagado por las divisiones internas. Ello también influye en la fijación de los límites y naturaleza de cualquier cambio en el orden político. Más que nunca pesa hoy la tradición china de evitar el enfrentamiento cara a cara. Sin consenso no habrá grandes cambios.

Tres elementos pueden concretar las preocupaciones principales de los dirigentes chinos en la construcción política. En primer lugar, garantizar una mayor eficacia y eficiencia en las labores de gobierno y administración. Cuando Wen Jiabao se refiere a las transformaciones en la estructura administrativa, que considera un asunto clave para profundizar en la actual política, está refiriéndose sustancialmente a la separación de funciones con respecto a las empresas, aspecto en el cual se ha avanzado poco. El gobierno quiere reservarse como función esencial el control general de la economía, dejando a las empresas actuar con autonomía en el mercado. Wen insiste también en la idea de mantener la propiedad pública como dominante (en las pequeñas y medianas de propiedad estatal se introducirá el sistema de acciones, siguiendo con la diversificación de inversionistas y derechos de propiedad en las demás, incluida la propiedad colectiva), aunque admitiendo y potenciando otras formas paralelas.

En segundo lugar, la lucha contra la corrupción. En enero de 2005, Hu anunciaba una nueva ofensiva anticorrupción: o se demuestra la honestidad o la capacidad para gobernar se verá muy mermada, vino a decir Hu en una reunión plenaria de la Comisión Central de Inspección y Disciplina del PCCh. La corrupción es la mayor hipoteca y el mayor peligro para el debilitamiento de la base del Partido, proponiendo un sistema de prevención, de sanción y de educación. Hu ha evocado en numerosas ocasiones su compromiso con la erradicación de los abusos de la burocracia que provocan un notable malestar entre la población, pero en ningún momento ha planteado la necesidad de arbitrar propuestas de establecimiento de contrapoderes que dificulten la corrupción, el abuso de poder y la opacidad. Es la corrupción el problema que está detrás de las catástrofes en las minas de carbón que cuestan miles de vidas. Pero no se soluciona el problema con la aplicación de medidas severas a los responsables locales. Se necesitan también medidas de transparencia que inspiren confianza a los afectados y alerten a la sociedad, que les permita contar con espacios de denuncia a los trabajadores de aquellas situaciones que incorporen un claro riesgo para la seguridad. Y sin medios de comunicación con mayor margen de libertad, o sindicatos con mayor nivel de autonomía, o una justicia independiente del PCCh, siempre habrá dudas en cuanto a la sinceridad de este objetivo y la sombra de un soterrado conflicto por la ampliación de las esferas de influencia y de poder.

En tercer lugar, la democracia interna. Cuando en julio de 2003, Hu Jintao pronunciaba el discurso con motivo del 82 aniversario de la fundación del PCCh, muchos partidarios de las reformas quedaron decepcionados. Unas semanas antes, la revista teórica Qiushi hablaba de un programa de democracia interna, orientado a reforzar el partido. Algunos vaticinaron entonces que Hu Jintao anunciaría la celebración de elecciones internas, una

mayor separación entre Estado y Partido, e incluso una redefinición de las relaciones del PCCh con los medios de comunicación. Pero no hubo nada de eso: solo tributos de reconocimiento a Jiang Zemin y llamadas a corregir las desigualdades sociales. Algunos pensaron entonces que la correlación de fuerzas internas no le debía ser aún lo suficientemente favorable, pero que, pese a todo, el nuevo secretario general estaba convencido de la necesidad de impulsar transformaciones democratizadoras.

El tiempo podría haber dado la razón a los que así pensaban. Según el Diario del Pueblo del 26 de septiembre, el modo de elección de los secretarios del partido de las aldeas estaría evolucionando en la provincia de Shandong. Más del 92% de los 81.000 secretarios de partido de aldea de la provincia, que han sido elegidos o reelegidos, habrían sido refrendados por la población según un nuevo procedimiento experimental. La elección directa de los jefes de aldea (subordinados al secretario del partido) que se había generalizado en los últimos años, ha desencadenado rivalidades o conflictos de competencia, de forma que el jefe de la aldea elegido por la población, pero con poco poder, se confrontaba al secretario del PCCh del mismo escalón, elegido por un pequeño número. En Shandong se habría fomentado la participación de los aldeanos en las elecciones de secretario del PCCh en las 5.384 aldeas donde la votación ha tenido lugar este año. El punto de partida es que el secretario propuesto debe contar con la aprobación de los aldeanos (con presentación pública, voto secreto, recuento y proclamación inmediata de los resultados). Un 20% de los secretarios ha sido removido de su cargo en aplicación de este sistema.

La degradación de las relaciones entre la población, sobre todo rural, y los cuadros locales preocupa mucho en Beijing. Por ello el PCCh trata de experimentar con la participación popular en la elección de los secretarios del partido en las aldeas. Su objetivo consiste en revalidar su autoridad y consolidar en mayor grado la base de poder del partido.

El futuro

En el octavo encuentro UE-China, celebrado el pasado 5 de septiembre, el primer ministro, Wen Jiabao habló de las intenciones de impulsar reformas democráticas en un futuro a corto plazo. Wen, con una imagen bien consolidada de reformista moderado, habló de ir poco a poco, señalando incluso que en un plazo de dos años, podrían celebrarse elecciones directas en los niveles de aldeas y pequeños pueblos a escala de todo el país. Jiang Zemin había rechazado esta idea y podría constituir una de las “sorpresas” políticas más destacables del XVII Congreso del PCCh, que debe reunirse en 2007, en vísperas de los Juegos Olímpicos, cuando China aspira a que el horizonte de tensiones con el mundo exterior esté lo más despejado posible.

Un pequeño paso importante en esa dirección lo constituye también la decisión adoptada el pasado mes de septiembre y que contribuirá a disminuir el número de ejecuciones. La Corte Suprema de China será ahora la última instancia de apelación en los casos de condenas a muerte. La atribución de la pena de muerte se había delegado en los años 80 en los Tribunales Provinciales, lo que permitió la proliferación de graves abusos debido a las deficiencias en materia de formación de los magistrados y la influencia de la corrupción. Se espera que

los tribunales puedan decidir con más independencia y mayor nivel de especialización en un asunto que desacredita particularmente a China ante el mundo.

El último dato a tener en cuenta en el conjunto de indicios que acreditarían una política de gestos hacia una mayor apertura del régimen, podríamos encontrarlo en el homenaje a Hu Yaobang, secretario general del PCCh hasta enero de 1987, muy popular entre la ciudadanía, con motivo de cumplirse el 90 aniversario de su nacimiento. Hu Yaobang es considerado por muchos como el símbolo de la apertura y de una evolución prudente del régimen. Falleció en abril de 1989, cuando el movimiento estudiantil iniciaba su trágica andadura. El homenaje tuvo carácter privado y se celebró con Hu Jintao fuera del país, participando en una reunión de la APEC en Corea, y el discurso fue pronunciado por Zeng Qinghong. Algunos observadores consideran que la iniciativa constituye un mero gesto oportunista, que aspira a servirse de la popularidad del difunto en un momento en que las tensiones sociales parecen ir en aumento; otros, sin embargo, consideran que podría tratarse de una expresión más de la voluntad de la actual dirección de poner fin a la rigidez política, afirmando su unidad en torno a liderazgos que en el pasado no gozaron del debido reconocimiento.

En cualquier caso, a la vista de este Libro Blanco, la democratización no es una prioridad en la China de hoy día y cabe contemplarla como una posible consecuencia de su desarrollo. Por otra parte, China no va a copiar otros modelos y abundará en la experimentación de fórmulas específicas, adaptadas a las exigencias de subsistencia del régimen vigente. ¿Perderá consistencia el autoritarismo a medida que se desarrolle la economía? Muy gradualmente, y en un horizonte temporal más bien largo. En su último informe anual del estado de la economía, la Academia China de Ciencias Sociales afirma que será un país desarrollado en 2080. Se necesitará mucha paciencia para que esa lógica pueda resistir tanto tiempo el impacto de las múltiples tensiones generadas por el proceso de reforma.